

Ver con Lorenza.

## Réquiem para un enfoque feminista-*queer* de las culturas terapéuticas

Sam Fernández-Garrido

“Debemos asimilar el orden muerto  
antes de desplazarnos a un nuevo orden”.

ROSI BRAIDOTTI<sup>i</sup>

“Todo lo cercano se aleja, escribió Goethe en un poema”.

MERCEDES HALFON<sup>ii</sup>

### Introducción. Pero, ¿quién es Lorenza?

Hace unos meses visité la exposición que el Museo de La Virreina, en Barcelona, dedicó a la obra de la artista chilena Lorenza Böttner (1959-1994) bajo el sugerente título *Réquiem por la norma* que, como propondré en este artículo, podríamos leer a modo de invitación profundamente transformadora para el asunto que quiero debatir aquí: cómo las visiones clásicas del género, el sexo, el cuerpo y la identidad nos atraviesan personalmente de un modo que se vuelve significativo para las prácticas profesionales que hacemos y los procesos que vivimos en espacios terapéuticos.

A los 8 años de edad, Lorenza sufrió un accidente que le llevó a perder ambos brazos como consecuencia de una descarga que recibió al trepar a un poste de electricidad. A raíz del accidente, se trasladó con su madre a Alemania, donde recibió tratamiento quirúrgico. Creció en un orfanato junto con otras niñas afectadas por los efectos que causó la talidomida cuando se comercializó en los sesenta, con extremidades acortadas o ausentes. Con los años, Lorenza rechazó las prótesis médicas y se trasladó a estudiar a Kassel para desarrollar una forma de arte basada en las performances callejeras y las obras de danza-pintura creadas a partir del pie y la boca, que son una afirmación de su corporalidad tullida<sup>iii</sup>.



Autorretrato de Lorenza Böttner

La historia de Lorenza puede relatarse como el desarrollo de una vida heroica en la que la artista consigue serlo *a pesar de su impedimento físico*. Sin embargo, otra lectura alternativa nos interpela a quiénes miramos la obra y alude a nuestras propias concepciones al observarla, despojándonos del privilegio de hablar sin ser vistas: ¿Cómo, por qué y para qué hemos construido la historia de la pintura como una historia de la mano? ¿Son los pies y la boca, en el trabajo de Böttner, sustitutos de los bra-

zos que perdió? Al sentirnos sorprendidos por la obra y su alcance, como fue mi caso, ¿es «natural» nuestra sorpresa o, por el contrario, desvela nuestras propias ausencias a la hora de mirar la obra; en particular, la forma en que hemos aprendido a omitir el protagonismo de otras zonas del cuerpo? ¿Y si aquello que hemos excluido de *antemano* es, justamente, lo que ha construido nuestra relación con el lienzo como espectador\*s o como artesanes: lo que cabe esperar, lo que cabe hacer, lo que cabe encontrarse, lo que cabe buscar, los utensilios adecuados o la distancia óptima desde la que contactar con el lienzo? Dicho de otro modo, ¿son las exclusiones lo que ha desarrollado nuestra «orientación» hacia el lienzo? ¿Nos orientaríamos hacia él de la misma manera si sintiéramos que el universo de posibilidad que nos abre Lorenza está, de verdad, a nuestro alcance? ¿Seguiríamos especializándonos en la mano como si no hubiera un mañana? Y, por último, ¿qué cambia, en nosotres, si añadimos al relato sobre la historia de Lorenza el hecho de que se trata de una mujer transgénero?

Quienes se precipiten a sacar el lado de la corrección política tenderán a decantarse por la opción de que no cambia nada, pero en el universo cultural en el que vivimos, negar que las construcciones dominantes sobre el género han calado nuestra forma de ver-estar en el mundo sería como negar nuestra vulnerabilidad ante el modo en que la hegemonía de la mano ha conformado nuestras expectativas sobre la pintura como arte. Creo que sosteniendo cualquiera de estas dos negaciones nos hacemos un flaco favor. Trascender la negación nos permite adentrarnos en debates más productivos. Paul B. Preciado, que comisarió la exposición de *La Virreina*, destacó las dos escalas que Lorenza construye en su obra como una aportación creativa de su práctica artística, refiriéndose a las nuevas distancias entre el cuerpo y el lienzo que aparecen al pintar-danzar con el pie y la boca. Para Preciado, es el museo y la historia del arte lo que impiden que existan Lorenzas, de modo que lo que convierte a Lorenza en marginal no es su anatomía sino el propio relato de las instituciones artísticas y las ausencias

(corporales) que genera mediante la selección de las obras.<sup>iv</sup> La lectura que ve una heroína tapa esa autocomplacencia que nos impide extrañarnos de la centralidad de la mano y echar en falta a esa genealogía de artistas del pie y la boca de la que forma parte Lorenza<sup>v</sup>. Elijo esta historia para comenzar porque sospecho que extrañarnos de la mano —permitirnos ese giro que nos hace ganar distancia para percibirla como una zona posible que, al tomarla por única, ha constreñido la historia de la pintura— puede resultar más sencillo que extrañarnos y desfamiliarizarnos del género, de la heterosexualidad o de los caminos únicos por los que hemos asociado ambos al cuerpo de maneras pegajosas. Escojo también esta historia por el modo en que los autorretratos de Lorenza llamaron mi atención durante el recorrido de la exposición. Observemos cualquiera de ellos, por ejemplo, aquel en el que su imagen aparece triplicada. Fenomenológicamente, ¿qué sensaciones nos levanta la coexistencia de elementos como la barba y el maquillaje en el mismo rostro? A golpe de vista, ¿quién es la Lorenza «auténtica» o «más auténtica» y qué estamos haciendo para saberlo? ¿La relación entre los tres cuerpos representados en la figura ¿es evolutiva, de modo que el primero representa el inicio de un proceso de tránsito y el último el final, aquel con mayor grado de coherencia? Si Lorenza fuese nuestra compañera de grupo y no una reconocida artista, ¿qué movimientos ocasionaría su mera presencia? ¿Qué expectativas tendríamos sobre su biografía y qué sentiríamos la imperiosa necesidad de explicar? ¿Qué sucedería en nosotros si quien coordina el grupo nos pide situarnos en esa polaridad de «opuestos naturales» (hombres/mujeres), imprescindibles para poder llevar a cabo algún ejercicio? En el imaginario del grupo, ¿seguro que Lorenza es una mujer (y el inconsciente un señor políticamente correcto)? ¿Es una mujer? En definitiva: ¿quién es Lorenza?

Al preguntar por nuestra percepción sensorial de la autenticidad, es decir, por el modo en que lo sensitivo ya lo percibimos como más auténtico o más inauténtico, trato de interpelar a nuestra conciencia sobre los procesos internos que vivimos, más allá de cómo los juzgamos en función del grado en que nos resultan más políticamente correctos o incorrectos. Trato de apelar también al modo en que la percepción y la normatividad se construyen mutuamente. Pero interpelar justo aquí a la fenomenología no es una elección fortuita. El terreno de lo cinestésico y lo kinestésico es frecuentemente descrito como un lugar que nos proporciona «datos» sobre la realidad, de modo que la percepción sensorial aparece como el campo que conforma aquello que frecuentemente escuchamos nombrar como *lo obvio*. En el campo de la antropología médica donde investigo, la fenomenología es un enfoque imprescindible para hablar de los malestares *en y desde* el cuerpo.

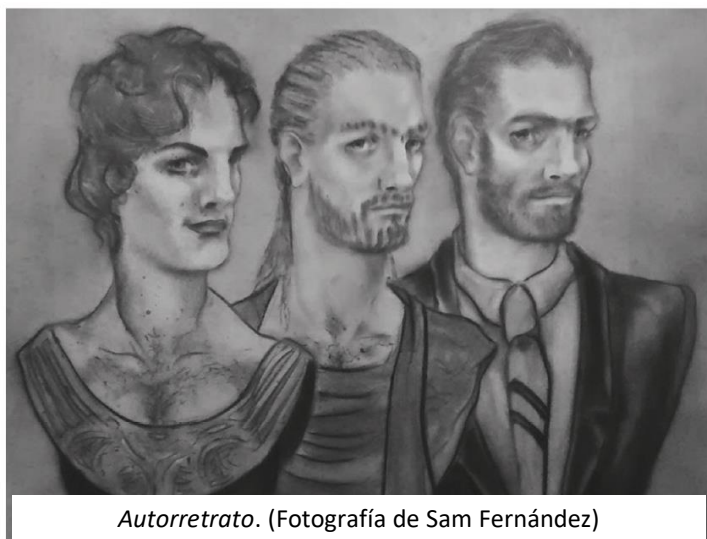
Sin embargo, aunque las tradiciones en las que se apoyan la antropología del cuerpo<sup>vi</sup> y la gestalt coinciden en la figura inicial de Merleau-Ponty, la traducción práctica sobre qué significa la percepción y qué quiere decir el terreno de *lo obvio* en los espacios terapéuticos fre-

cuentemente me sorprende. Coexisten interpretaciones más cercanas a las fuentes originales con la tendencia a traducir *lo obvio* de formas empiristas: lo que percibimos se entiende entonces como una propiedad de las cosas, que descubrimos a base de poner atención hasta adquirir la información neutra y objetiva que nos proporcionan los sentidos. Y desde mi experiencia y en términos de género, la neutralidad de la percepción no hay por dónde agarrarla, en parte porque las convenciones de la feminidad y la masculinidad nos resultan tan familiares que logran pasar desapercibidas.

Hacer algo *obvio* no es tarea sencilla: requiere de un entrenamiento, de desprendernos de ciertas convenciones que hemos reconocido, de asimilar el orden que dejamos atrás para transformar nuestra visión del mundo. Y dudar de ese entrenamiento cuando hablamos de género no es incredulidad, es poner palabras a un tipo de trabajo sobre la percepción que, personalmente, suelo echar en falta. Extrañarnos de esta ausencia, desfamiliarizarnos de ella, es el primer paso para volverla *obvia*. Volver algo *obvio* no significa hallar una verdad que ya nunca tendremos que revisar, sino abrir un nuevo consenso construido desde una forma renovada de atención intencionalmente emancipadora en términos de género. La conciencia de la ausencia bien puede ser una poderosa herramienta de partida para devolver los malestares de género como asuntos disponibles para el trabajo, los espacios y las culturas terapéuticas.<sup>vii</sup>

## Tensiones compartidas. El binarismo femenino/masculino y las «lesiones de vida»

Escribo este artículo desde la intersección entre varias zonas de mi experiencia personal, profesional y activista. Respecto al terreno terapéutico, hablo exclusivamente a partir de mi vivencia como participante en diferentes espacios de psicoterapia grupal formativos y/o vivenciales y como paciente de terapia individual en varios acompañamientos derivados de mis cambios de ciudad desde el año 2005 (inicialmente de corte psicoanalítico y, posteriormente, humanista). Escribir un artículo sobre género, LGTBIfobias y gestalt me produce sentimientos encontrados. En primer lugar, por la sensación de outsider profesional, un asunto plenamente cierto, y por el temor a ser leído de una forma categórica que no coincide con mi experiencia: los espacios que yo he transitado son, ante todo y afortunadamente, heterogéneos. Demuestran que hay reproducción y demuestran que hay cambio. Desde ahí, intento hablar con prudencia y con reconocimiento.



Por otro lado, la oportunidad de escribir me recuerda las conversaciones informales que hemos tenido tantas veces entre compañeres feministas de grupos —casi siempre fuera de la sala—, donde expresábamos una tensión compartida que yo traduzco como sigue: Vivimos los espacios terapéuticos como lugares de cambio, como zonas reparadoras que nos proporcionan esperanza, oportunidad, capacidad para vernos, ver a otros y ser vistas, y sin embargo, sentimos cierto malestar con el modo en que las creencias en torno al género atraviesan, o pueden atravesar, el trabajo terapéutico y las relaciones de grupo. ¿Era esta una parte nuestra que teníamos que suspender o dejar afuera antes de entrar a la sala? ¿Una forma de entretenernos? ¿Un asunto «ideológico» que podía interrumpir lo que habíamos venido a hacer aquí? Recordando esta ambivalencia, escribo con motivación e intento hacerlo con responsabilidad. Al margen de ese conflicto de lugar, en el que se atisbaba la pregunta, ¿por qué este

sitio que nos motiva no puede ser también nuestro?, mi preocupación solía exacerbarse como persona LGTBI en supuesta «minoría», con un género no siempre definido según las expectativas binarias clásicas (excepto para quienes confunden lesbianismo y masculinidad, a quienes mi expresión de género suele resultarles esperable, automática y *obvia*).

Comparto estas conversaciones para poner voz y traer al centro sentires y diálogos que han sobrevivido en la periferia y que frecuentemente nos han llevado a preguntarnos *qué sucede con la perspectiva de género/feminista* en la cultura y los espacios terapéuticos. Si, ante el lanzamiento de esta revista, hiciésemos una encuesta a las personas feministas que han pasado por espacios terapéuticos, comprobaría si fui la única que, al enterarse, se le escapó algún suspiro cuya traducción podría ser: «Enhorabuena, ¡qué necesario!». Pero, en lo concreto, ¿dónde vemos esa necesidad? ¿Por qué y para qué insistimos? En este artículo pretendo compartir algunas reflexiones y algunos ejemplos, desde mi experiencia situada, que permitan acercar y hacer inteligible esta preocupación, con la finalidad de contribuir a pensar el nexo entre cotidianidad, sufrimiento, género, trabajo terapéutico y feminismos.

En el año 2014, *Gestalt Review* dedicó parte de un volumen a las relaciones entre género y gestalt, en que el filólogo y terapeuta Vikram Kolmannskog relata su experiencia como acompañante de un grupo de terapia gestáltico con personas trans en Oslo. No me sorprendió que, en ese contexto, Kolmannskog hiciese una advertencia relacionada con el trabajo con polaridades. Tras mostrar justamente la utilidad que estaba teniendo en el grupo para integrar vivencias y provocar que les participantes pudieran verse de una forma más «completa y flexible», duda de la pertinencia del dualismo «femenino/masculino» para el trabajo grupal que realiza, sugiriendo que otras polaridades como «asertividad/cuidado» o «duro/blando» podrían tener un uso más apropiado (Kolmannskog, 2014, p.257).

Aunque no lo desarrolla con detalle, Kolmannskog parece sugerir que, a través de la polaridad masculinidad/feminidad se introducen normas sociales de género que, a su vez, refuerzan los mismos introyectos que el trabajo terapéutico propone revisar. Un esfuerzo que, en su caso, tenía explícitamente la intención de elaborar qué viven y entienden les participantes del grupo por ser hombre, mujer, trans o persona no binaria. Lo que hace Kolmannskog con esta advertencia es proponernos reflexionar sobre las concepciones de género inherentes a los lenguajes y las metodologías de los espacios terapéuticos, un asunto que, desde mi punto de vista, le proporciona cierta distancia crítica para evitar la confluencia entre profesionales y participantes en torno a las concepciones de género que extraemos del sentido común.

El problema de la dualidad «femenino/masculino» es que no significa nada excepto «aquello que asociamos a las mujeres» *frente a* «aquello que asociamos a los hombres», dentro de un sistema binario que damos por sentado. Al observar las asociaciones que forman el «aquello», emerge la composición de cada uno de los lados. Lo «femenino» puede definirse como

el paraguas o el pegamento a través del cual establecemos un nexo entre las mujeres y todo un conjunto de sentimientos, pensamientos y acciones desgraciadamente desvalorizados: la interioridad, lo privado, la debilidad, el cuidado, la pasividad, el ser para otros, la naturaleza, las emociones o el lado izquierdo<sup>viii</sup>. Lo «masculino» es el término a través del cual ligamos los hombres a todo lo opuesto a lo femenino y a una cierta plusvalía —ya que coincide con las cualidades socialmente valoradas—: la exterioridad, lo público, la fortaleza, la asertividad, la actividad, el ser para sí, la cultura, la razón o el lado derecho. Entre lo femenino y lo masculino no hay sólo un reparto de cualidades, hay una distribución del poder, de los espacios y de las emociones; y es esa distribución la que dota de sentido al juego. Cuando jugamos a esto, jugamos a repartir el poder entre los dos lados que damos por buenos.

Visto así, no deja de sorprenderme la aceptación con la que circula el paradigma del «lado femenino/lado masculino» en los círculos terapéuticos. El problema no es el hecho de jugar las polaridades, sino el modo en que el poder se convierte en un punto ciego que nos hace víctimas del juego al impedirnos identificar lo que ocurre al dar por buena la polaridad: el acto de *encadenar a* las mujeres cis a los eslabones de la feminidad (y a los hombres cis a los de la masculinidad y al plusvalor). La feminidad no describe lo que son las mujeres, más bien lo construye a base de repetición. Por eso podemos transformar la reflexión de Kolmannskog en una sugerencia que no podría ser más simple: si queremos jugar la polaridad duro/blando o asertividad/cuidado quizás podemos, sencillamente, llamarlas así. Una cosa es poner en juego cualquiera de estos polos y otra distinta tirar de estereotipos, y contribuir a reproducir el terreno de la asertividad y la dureza como el terreno de los hombres cis, y el terreno del cuidado y la debilidad como el terreno de las mujeres cis.<sup>ix</sup> Hacerlo provoca disonancias evidentes en el trabajo grupal, que funcionan como palos en las ruedas, y ese efecto no depende de que lo identifiquemos. Así, podemos estar invitando al grupo a que haga suyos los dos lados de cualquiera de las polaridades mientras, simultáneamente, significamos uno de ellos como propio y otro como ajeno. Por tanto, la naturalización de la dualidad femenino/masculino puede ser un primer duelo para comenzar este réquiem, que apela a dejar marchar la forma clásica en la que, cotidianamente, estamos distribuyendo el poder en torno al género, y renunciar al binarismo que organiza el reparto.<sup>x</sup> Implica un trabajo personal y colectivo de trasplantar el poder desde el punto ciego al terreno de *lo obvio*.



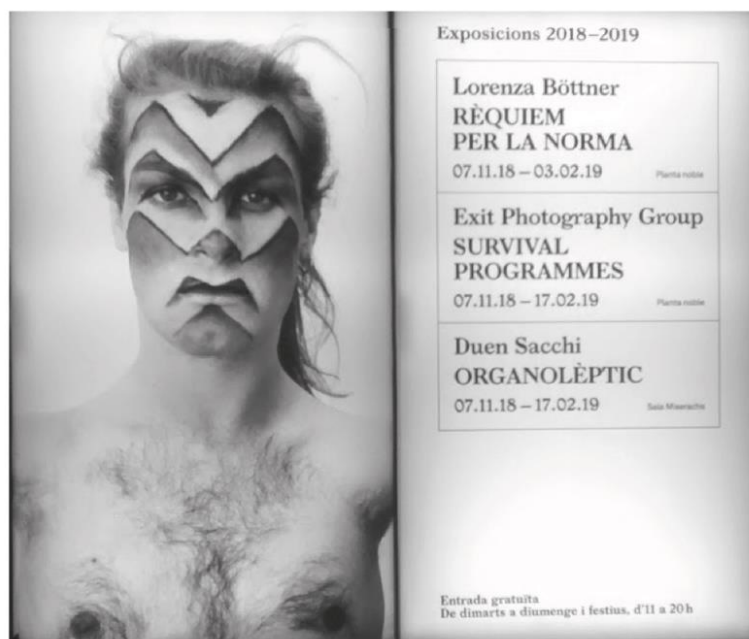
Autorretrato. (Fotografía de Sam Fernández)

No debe ser casual que Kolmannskog reflexione sobre los efectos secundarios del paradigma del «lado femenino/lado masculino» mientras desarrolla un trabajo con población trans. No tengo duda de que ciertos paradigmas resultan especialmente excluyentes para determinadas personas; pero lo que quiero sacar a colación aquí es que esto no es un asunto de colectivos, sino que, lo que sucede es que ante determinadas identidades, los puntos ciegos saltan a la vista. Ante el trabajo con personas no binarias, el binarismo es un problema evidente; ante el resto es un problema oculto.

Ahora bien, la razón por la que necesitamos perspectivas feministas y *queer* no consiste en que trabajemos con mujeres o con población LGTBIQ; una confusión bastante frecuentada. Las necesitamos para trabajar con visiones más emancipadoras de la sexualidad, el género, el sexo, el cuerpo, las identidades o las emociones, con todo el mundo. Y creo que, colectivamente, las necesitamos con urgencia. Las necesitamos, por ejemplo, para no minorizar a las personas LGTBIQ en un grupo de personas que funcionan bajo la ficción de estar natural y sexualmente orientadas. Las necesitamos, ahora que este tema empieza acercarse al centro, para no confundir el trabajo con perspectiva de género con trabajar con mujeres cis o sobre aspectos tradicionalmente asociados al terreno de lo reproductivo (como la menstruación, la menopausia o las maternidades). La palabra «género» no alude a una identidad concreta, sino a un eje que condiciona nuestras vivencias y la distribución del poder, cuyos efectos estratificadores varían según la raza, la clase social o el estatus de movilidad corporal —entre otros—, requiriendo de lecturas situadas en contextos concretos.

Creo que el dualismo «feminidad/masculinidad», que estoy usando aquí como mero ejemplo de una dinámica social más amplia, es heredero de un conjunto de dualidades con las que los espacios terapéuticos que yo he transitado sí que hacen una excelente labor crítica: me refiero a la división mente/cuerpo, razón/emoción, activo/pasivo y cultura/naturaleza (ésta en menor medida), desde la conciencia sobre lo que implica reproducir sus correspondientes jerarquías (escindir y aceptar que el primer término se halle por encima del segundo). Quizás un lugar común en las culturas terapéuticas sea la facilidad para ver los problemas que acarrea sostener ciertos dualismos pero no otros. Asumir, por ejemplo, que podemos pensar sin sentir, que nuestra mente no es corporal o que el aprendizaje es cognitivo resulta problemático de formas obvias. Pero no vemos las consecuencias que acarrea construir lo femenino y lo masculino como lados contrarios, opuestos, complementarios, desequilibrados y preheterosexuales. Dichas consecuencias no remiten por dotarnos del mantra de que «todes tenemos ambas partes», muy útil para silbar y mirar hacia otro lado cuando se nos devuelve la escasez de distancia crítica que hay en este juego de escisión, oposición y distribución del poder.





Cartel de la exposición *Réquiem por la norma*. (Fotografía de Sam Fernández)

Me pregunto si un vacío que nos atraviesa es que no le ponemos cara a la relación que hay entre este juego jerárquico de oposiciones y el sufrimiento cotidiano. Quizás este sea un terreno en construcción para el que puede resultar útil el concepto de *lesiones de vida*, de la antropóloga Kaja Finkler. Tratando de entender el alto grado de morbilidad de las mujeres cis mexicanas de clases bajas respecto a los hombres cis mexicanos de su misma clase social, la autora habla de «lesiones» para referirse a la forma en que las situaciones de desigualdad son encarnadas en el cuerpo (Finkler, 2000, p.437).

Para Finkler, tanto mujeres como hombres viven situaciones de pobreza e injusticia social, pero mientras para ellos el hogar y las relaciones familiares son espacios de poder y de suspensión de la dominación, ellas continúan soportando la subordinación y la indignación moral en el espacio privado. Lo que para ellos son conductas que elevan su masculinidad y mejoran su autoestima (como, por ejemplo, mantener relaciones con varias mujeres), para ellas son lesiones que sienten en el cuerpo y encarnan a través de las emociones, principalmente de la angustia y de la rabia. Estas lesiones concretan modos de enfermar a través de sintomatologías que no se corresponden con diagnósticos clínicos (es decir, malestares para los que la biomedicina se queda sin palabras). El concepto de lesiones me recuerda al lenguaje de las «heridas», pero creo que la propuesta de Finkler puede ser útil y complementaria para remarcar la dimensión social de los malestares de género; que no son los malestares de las mujeres, sino los producidos en virtud de formas de dominación socialmente aceptadas que, en el contexto mexicano, perfilan la salud de las mujeres cis que viven en situaciones de pobreza.

## Devenir mujer, devenir hombre: zonas de especialización

La idea cotidiana e intuitiva que solemos manejar sobre «mujeres» y «hombres», responde a un paradigma naturalista que liga la identidad a la anatomía de una sola manera (clítoris y vagina = mujer / pene y testículos = hombre).<sup>xi</sup> Bajo este paradigma, cuyo imaginario es más bien parco, ser mujer u hombre es una cuestión anatómica claramente identificable, que nos conduce a adoptar un determinado tipo de desarrollo psicosexual. Esta forma única y limitada de orientar la anatomía a la identidad impide ver otras identificaciones como formas diferentes de ligar el cuerpo y la identidad, como expresiones corporales que dialogan-danzan con el género de modos alternativos, deshaciendo sus contornos comunes. Bajo el paradigma naturalista trabajaremos con la idea de que la anatomía es la semilla del género, que el transcurso de la vida hace brotar a través del desarrollo psicosexual de la persona. El germen que contiene la parte esencial del ser mujer u hombre, la información verídica, la esencia. Creo que la semilla esconde un enorme punto ciego si las preconcepciones que esconde no proceden de un trabajo consciente de elaboración.

En lugar de aferrarnos al paradigma naturalista, podemos partir de que somos personas con anatomías diversas que, en contextos culturales concretos, nos especializamos en convertirnos lo máximo posible en mujeres u hombres —o en heterosexuales u homosexuales—, a través de asumir, de forma inconsciente —y preconscious—, la repetición de algunas prácticas y descartar otras, así como hacer algunas identificaciones y no otras. Tomo la concepción de «especializarnos» en ser mujeres y hombres de Azucena González San Emeterio<sup>xii</sup>, porque me parece una representación sencilla y clara para hablar de eso que, de formas más sedudas y menos eficientes, solemos llamar «performatividad del género»<sup>xiii</sup>: cómo nos hacemos aquello que ya creíamos ser, es decir, cómo devenimos mujer u hombre. En tanto metáfora, la especialización me recuerda a la formación que hacemos orientada al mundo del empleo. Imaginemos que especializarnos en cualquier terreno profesional conllevarse no recibir nunca el título definitivo<sup>xiv</sup> y olvidar todo el trabajo que, aún así, realizamos para obtenerlo (asistencia a clases, lecturas, dolores de cabeza, renunciadas a otras cosas que hacer, cumplimiento con las normas de plazos y entregas, etc.). Esa amnesia, que difícilmente sufriríamos en ese caso, es la que caracteriza a las precarias especializaciones sexuales y de género con las que vivimos: se nos olvida cómo hemos llegado hasta ahí, hasta el punto de creer que ya siempre fuimos así y que, para el género, no hay escuela.

Poner el foco de la linterna en este trabajo de especialización quizás nos permita iluminar los modos en que el acto de especializarnos nos lleva a lugares dolorosos y provoca que asumamos prácticas poco respetuosas para con nosotres y para con les otras, cuyas consecuencias podemos revisar, no sólo en términos de bienestar, sino también de justicia social. Recupe-

rando a Kaja Finkler, podemos leer aquí las lesiones de vida como las marcas de ese trabajo de especialización, que desequilibra el poder y profundiza en la diferencia a base de convertirnos a unos en más mujeres y a otros en más hombres, de formas que al ser siempre fallidas garantizan la continuidad infinita del juego.

Sin duda, algunas zonas de la vida social son especialmente privilegiadas para ahondar en dichas lesiones, más aún si se convierten en puntos ciegos dentro de los espacios y las culturas terapéuticas. En adelante, analizo el lenguaje y la sexualidad como ejemplos de zonas de especialización de género. Las zonas de especialización poseen al menos tres características: (I) nos orientan hacia el devenir mujeres u hombres, eclipsando otras posiciones o reappropriaciones; (II) inciden en el desequilibrio de poder y (III) profundizan en las lesiones de vida.

### *El lenguaje como especialización de lugares: de cómo el poder deviene punto ciego.*

Desde mi experiencia, el uso del lenguaje es un tema que ha emergido en grupos en los que he participado —y no solo en los terapéuticos— y en las conversaciones informales fuera de sala. En el núcleo del asunto hay una contradicción aplastante: Mientras un saber compartido en las culturas terapéuticas es que el terreno de lo simbólico forma parte de la realidad humana y es uno de los ámbitos desde los que hacemos cambios, el *no lugar* en el lenguaje de mujeres y personas con otras identidades es fácilmente naturalizado, aun cuando sean ellas quienes llenen los espacios terapéuticos de manera casi siempre numéricamente abrumadora. Adoptar un lenguaje no (cishetero)sexista puede pasar por cuestión de corrección —y lo será si no conlleva otros cambios—, pero no hacerlo es un indicador de las herencias que marcan quién ocupa el epicentro; y, claro, no nos sienta bien. Por esta razón, el lenguaje se convierte en un canal privilegiado por el que emergen los llamados «conflictos de género» (aquellos que, de todos modos, están). Es fácil caer en el tópico que los traduce por «conflictos entre hombres y mujeres», y los trabaja como dos grupos lanzándose estereotipos equivalentes al no integrar sanamente *la* diferencia sexual. Sin embargo, se trata de momentos en que algunas participantes (mujeres u hombres cis, trans o personas no binarias) traemos a lo visible cómo el poder está organizando el espacio del grupo y cómo también es posible tensionar y cuestionar el androcentrismo que lo distribuye.

Como me niego a insistir en explicar a gestaltistas la relevancia de la dimensión simbólica, apuesto a que es más útil compartir mi sensación con los cambios lingüísticos que hemos tenido dentro del feminismo en los últimos años a raíz de la introducción del uso de la «e» en castellano como fórmula no binaria<sup>xv</sup>. Y seré breve: inicialmente, a mí los cambios lingüísticos se me hicieron incómodos, y si no fuera porque me afecta el trasfondo, y me lo creo, podría haber desistido. Me significan al marcarme como perteneciente a ese grupo de gente que

habla de otra manera o que tiene determinadas creencias. En espacios internos está bien, pero en otros entornos conlleva no ser entendido, dar explicaciones y sostener esos atributos asociados al feminismo, que no siempre han estado bien vistos. Intuyo que para compañeras heterosexuales implica también sostener ser vistas como menos complacientes/deseables. En espacios donde estamos colocadas como profesionales, observo que puede implicar lidiar con el tópico de que el lenguaje no sexista está politizado y no respeta la neutralidad. Por último, conlleva reconocer que hacemos el cambio porque lo que teníamos antes —el lenguaje puro binario— reproduce ciertas discriminaciones internas.

Puedo hablar de esto o puedo sacar el comodín de que tampoco es para tanto y que, en el fondo, también en el feminismo hilamos demasiado fino. Dado que el lenguaje es una forma de crear lo grupal como espacio, me pregunto qué estaría pensando nuestra compañera Lorenza. Me pregunto también si podemos ver los cambios en el lenguaje como una oportunidad. Quizás los tránsitos lingüísticos nos desespecializan un poco al transformar los lugares que ocupábamos cuando nos expresábamos como antaño lo hacíamos. A cuento de estas transiciones, podríamos identificar lesiones (recibidas o autoinfligidas) —como son la invisibilización o la infravaloración— o permitirnos perder poder y privilegios, previamente no reconocidos, en favor de un compromiso cotidiano con concretar escenarios de justicia social creciente.

### *La sexualidad como zonas de especialización: la heterosexualidad como punto ciego*

*“Así, Ernst reemplazó las manos perdidas por sus pies, que desarrollaron todo tipo de habilidades, en especial la pintura y el dibujo. Pero luego fue derivando la plástica hacia una cosmética travesti que hizo crecer las alas calcinadas de su pequeño corazón homosexual [...] Así aparece en catálogos y revistas gays, amputada y puta del Partenón. Algo así como topless en la Acrópolis o tacoaltos en Atenas, invitada de contrabando a la bacanal posmoderna”*

. (Pedro Lemebel)<sup>xvi</sup>

De todos los cuerpos no esperamos una expresión en el terreno de lo sexual ni valoramos sus expresiones singulares dentro de la amplia gama de la(s) erótica(s); un asunto con el que conecté a lo largo de mi recorrido por la exposición de Lorenza. En su obra, accionando desde su cuerpo desnudo, (re)crea la sexualidad y la erótica de cuerpos con anatomías diversas y diversidades funcionales que han sido históricamente desexualizados al ser mirados como «discapacitados», «enfermos» o «*freaks*». De ellos aprendimos a esperar esfuerzo, lucha,

constancia, pero el placer, la erótica y el sexo parecen reservados para cuerpos con anatomías estándares. Caminando por la obra, me resonaba el parecido histórico que hay con la desexualización de las lesbianas. Fue entonces cuando leí la crónica que Pedro Lemebel dedicó a Lorenza, permitiéndonos imaginarla a través de sus palabras como una persona que se mueve a partir y desde su deseo sexual. Pero ¿no lo hace a costa de inscribir a Lorenza en el terreno de lo gay, donde la asociación con el sexo es casi estereotípica (como si lo gay compensara lo tullido)? ¿Qué sucedería si Lorenza, además de tullida fuera lesbiana? ¿Y si su genitalidad fuera diferente? ¿Cómo salir de esa desexualización estando fuera de la heterosexualidad y fuera del efecto de hipersexualización que se atribuye a lo gay?

Traigo esta cuestión aquí porque el terreno de la sexualidad para mí ha tenido una parte dolorosa, particularmente en el contexto en que transitó mi adolescencia. Lo doloroso tuvo que ver con el silenciamiento (darme cuenta que el lesbianismo era una realidad no esperada),



*Autorretrato. (Fotografía de Sam Fernández)*

con ir sintiendo la falta de una sincera puesta en valor de la sexualidades lésbicas y descubriendo la tendencia social a proporcionarnos explicaciones de la que nunca salimos bien parades. En esa época, mi tía, a quién nunca pedí opinión, apelaba al exceso de hormonas masculinas como causa de nuestra existencia. Para explicar humorísticamente cómo se ver-

siona el imaginario de mi tía en las culturas terapéuticas, suelo llamar a esta tendencia «la teoría del tropiezo» o la «hipótesis del columpio»: en algún lugar biográfico nos habremos tropezado o de algún columpio nos habremos caído, preferiblemente cuando éramos pequeños, para acabar siendo lesbianas. Me temo que esto es una versión terrenal, mundana y en plata del trasfondo tácito de las teorías hegemónicas que circulan sobre la sexualidad, el desarrollo infantil y la diferencia sexual en los espacios y las culturas terapéuticas **xvii**. Y también, del escenario histórico en el que se construye el terreno de la intuición. Por supuesto, mi experiencia me dice que esto no siempre es así, particularmente cuando quienes llevan los grupos o quienes participan de ellos son personas LGTBIQ o quienes que, por unas u otras razones, se lo han trabajado específicamente (y adelanto que esta categoría me parece más bien minoritaria).

Las teorías edípicas del tropiezo y el columpio, que han fundamentado la forma *straight* (recta, correcta y heterosexual) de pensar el género y la sexualidad, han acabado convirtiendo el lesbianismo en una forma de orientación sexual hacia los hombres cis, solo que por oposición. Lo han devaluado al devolvérselo como una forma de enfado o rechazo hacia ellos —y, por ende, hacia la feminidad—, es decir, como un modo desviado de estar sexualmente orientadas hacia los hombres. Y han evitado escuchar el enfado y la tristeza que produce esa devaluación, así como la forma en que, cuando esto se mueve en grupos o en terapia, vivimos una repetición de lo que ya experimentamos afuera sin que, nuevamente, el entorno caiga en la cuenta de la forma en que estas experiencias nos lesionan como personas y como seres sexuales.

La erótica tampoco queda intacta cuando se confunde con la *performance* de la feminidad; a mi entender, una expresión totalmente válida de lo erótico a la que le damos un lugar dañino al tratarla como única, impidiendo ver otras formas singulares de expresión de la seducción y del deseo sexual. Si la sexualidad y la erótica aparecen como dos terrenos a través de los cuales nos especializamos, un poco más si cabe, en convertirnos en mujeres, no saldrá gratis y continuará lesionando. En los grupos, detectamos estas dinámicas frecuentemente quienes lo vivimos, razón por la que acabamos jugando un rol —a veces incómodo— de traerlo a lo visible. No lo hacemos por *hipersensibilidad*, cual alérgic\*s inmunizados contra ese inócuo e inofensivo polen: la percepción de lo LGTBIfóbico es olfativa, un buen ejemplo de ese entrenamiento —por experiencia— que acaba por formar un darnos cuenta sensorial, una respuesta corporal a lo que sucede que antecede al pensamiento.

Revisar aquí mis resonancias con lo que estoy contando me lleva a identificar otros dos aspectos que se han movido en mi proceso terapéutico y que expongo sin intención de generalizar. Al profundizar en mi proceso, he ido tocando con el miedo a que adentrarme en las heridas confirmase el tropiezo; así que solo he podido avanzar muy despacio, sosteniéndolo.

Poder *confirmar* me ha dado siempre una rabia profunda pese a saber, por mi experiencia en los grupos, que tener heridas es la condición más mundana y compartida que hay en la Tierra. El segundo aspecto ha sido descubrir la necesidad de construir una mirada hacia mi/nuestra sexualidad/es que traiga el lesbianismo al terreno de lo maravilloso que se nos abre con mujeres o con personas con otras identidades no esperadas; uno distinto al de la retórica de la aceptación, cual gripe ante la que te rindes, y al de la mera reivindicación (que yo he transitado desde los diecinueve y que ha sido fundamental pero que en mi vivencia no toca todos los ángulos).

### Réquiem para un nuevo orden (provisional): feminismos, perspectivas *queer* y restauración del tercero

*“Es tiempo de que la historia y el inconsciente sellen un nuevo pacto”*

GUERRILLA GIRLS<sup>xviii</sup>

Para terminar, quiero volver a Lorenza y su relación con el lienzo que, como podrá entenderse mejor ahora, planteé como metáfora de la construcción del género y la sexualidad. Al invitar a «ver con Lorenza» la forma en que hemos apprehendido «espontáneamente» el género —o, más bien, a «sentir con Lorenza», abandonando el privilegio de la visión—, intento reconstruir ese espacio que desde el psicoanálisis relacional Jessica Benjamin (2012) llamó *el tercero* durante el rato que dura la lectura de este texto. Lo contrario a restaurar el tercero es convertirnos en testigos fallidos ante los malestares de género y las experiencias de LGTBI-fóbias que se nos presentan, y sospecho que esto podemos hacerlo desde cada uno de los roles que podemos ocupar en un espacio terapéutico (también como compañeres).

Restaurarlo, en este caso, quiere decir abrirnos a que hay algo que vale la pena no descartar y creo que algunas lógicas producen descarte, como el impulso a identificar el feminismo con la ideología si definimos nuestra cultura profesional en oposición a lo ideológico. No descartar puede llevar a introducirnos en un terreno en el que podemos sentirnos más cómodos o menos cómodos, en el que nos manejamos con mayor o menor sensación de fluidez —eso no es lo más importante—, pero en el que el acto de dejarnos estar ahí produce reconocimiento. Devuelve validez hacia las experiencias de una manera profunda que nada tiene que ver con dar la razón sino con quedarse a *estar con*. Y esto ya puede ser suficientemente transformador para todas las partes implicadas en los malestares de género que se producen o se reviven



*Autorretrato.*

en los procesos terapéuticos. *Quedarse con* puede requerir decidir hacer algunos duelos y componer Requiems particulares que revisen el poder y traigan la propia cultura terapéutica y profesional sobre el género y la sexualidad al terreno de la conciencia. Pero también puede significar impulsar los espacios terapéuticos como zonas creativas de desespecialización de género y reparación de lesiones que, de paso, ligen la ganancia de bienestar que muchos sentimos al pasar por ellos con la capacidad para (re)conectarnos con la justicia social y el tejido colectivo en el que vivimos. O, por qué no, con el desarrollo de una sensorialidad, olfativa, de la desigualdad.



## Bibliografía

- Ahmed, Sarah. (2019). *Fenomenología Queer: Orientaciones, objetos, otros*. Barcelona: Bellaterra.
- Benjamin, Jessica. (2012). *El Tercero. Reconocimiento*. Clínica e Investigación Relacional, 6 (2): 169-179. Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es)
- Braidotti, Rosi. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Butler, Judith (2007[1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Corbella, Josep. (2019, 28 de abril). *La excusa machista del neurosexismo*. La Vanguardia. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/ciencia/20190428/461890312465/neurosexismo-analisis-josep-corbella-excusa-machismo-desigualdad-video-seo-lv.html>.
- Esteban, Mari Luz. (2004). *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Fausto-Sterling, Anne. (2006). *Cuerpos sexuales: la política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.
- Fine, Cordelia. (2018). *Testosterona Rex. Mitos sobre ciencia, género y sociedad*. Barcelona: Paidós
- Finkler, Kaja. (2000). *A theory of life's lesions: A contribution to solving the mystery of why women get sick more than men*. Health Care for Women International, 21(5), 433-455.
- Foucault, Michel, y Marchetti, Valerio. (2001). *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. Madrid: Akal.
- Halfon, Mercedes. (2019[2017]). *El trabajo de los ojos*. Barcelona: Las afueras.
- Kolmannskog, Vikram, Dr. Philos. (2014). *Gestalt Approaches to Gender Identity Issues: A Case Study of a Transgender Therapy Group in Oslo*. Gestalt Review, 8(3), 244-260.
- Laqueur, Thomas. (1994). *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.

- Lemebel, Pedro. (1996). *Lorenza, las alas de la manca* (151-154). En *Loco afán*. Crónicas de sidario. Santiago de Chile: LOM.
- Llamas, Ricardo. (1998). *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a «la homosexualidad»*. Madrid: Siglo XXI.
- Merleau-Ponty, Merleau. (1975 [1945]). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Mateo del Pino, Ángeles. (2019). *Subjetividad transtullida. El cuerpo/corpus de Lorenza Böttner / Transcrippled subjectivity. The body/corpus of Lorenza Böttner*. *Anclajes*, 23(3), 37-57. Recuperado de: <https://doi.org/10.19137/anclajes-2019-2334> .
- Missé, Miquel, y Coll-Planas, Gerard. (2010). *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona-Madrid: Egales.
- Preciado, Paul B. (2017). *Lives and works of Lorenza Böttner, South as a State of Mind*, 9 [documenta 14 #4]. Recuperado de:  
[https://www.documenta14.de/en/south/25298\\_lives\\_and\\_works\\_of\\_lorenza\\_boettner](https://www.documenta14.de/en/south/25298_lives_and_works_of_lorenza_boettner).
- Sáez, Javier (2004). *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.



### **Sam Fernández Garrido**

Biólogo\* por vocación, mi necesidad de comprender las LGTBIfobias y mi activismo prodespatologización trans\* me llevaron a especializarme en estudios feministas y en antropología médica. Formo parte del Centro de Investigación en Antropología Médica (URV), donde me centré en el nexo entre investigación y experiencia personal (autoetnografía). Realizo investigación, formación y consultoría para Aytos. de Cataluña y Madrid. Por aquello de enfocarme donde tropiezo, actualmente investigo en la UGR sobre el valor de las emociones y el contacto en la atención clínica a personas intersex y en la construcción de saberes expertos. Mi camino hacia lo vivencial ha transcurrido por las formaciones de arteterapia humanista, gestalt (1er año), trabajo grupal y psicoterapia feminista.

<sup>i</sup> Braidotti (2004, p.127).

<sup>ii</sup> Halfon (2019 [2017], p.35)

<sup>iii</sup> Sobre la biografía de Lorenza puede consultarse Preciado (2017) y Mateo del Pino (2019). Para más información sobre la exposición véase: <http://ajuntament.barcelona.cat/lavirreina/es/exposiciones/requiem-por-la-norma/236>. Un video resumen de la exposición presentado por Preciado está disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=EPbEcTaYGtw>.

<sup>iv</sup> Ponencia “Historia del pie: arte y diversidad funcional según Lorenza Böttner” (Paul Preciado, 23 de enero de 2019, La Virreina, Centre de la Imatge, Barcelona). La conferencia está disponible on-line en: <http://ajuntament.barcelona.cat/lavirreina/es/recursos/lorenzaway-practica-artistica-diversidad-funcional-y-desobediencia-epistemica/357>.

<sup>v</sup> La Asociación de Pintores con la Boca y con el Pie ha realizado una labor de archivo sobre pintor\*s actuales del contexto español que puede consultarse en su web: <https://pintoresbocapie.com/artistas>.

<sup>vi</sup> Me refiero a las corrientes fenomenológicas de la antropología del cuerpo que, en el contexto español y los estudios de género, representa particularmente la obra de Mari Luz Esteban (véase, por ejemplo, Esteban, 2004)

<sup>vii</sup> Hago un uso laxo del concepto de “culturas terapéuticas” para aplicarlo particularmente al conjunto heterogéneo de concepciones, valores, sentires y prácticas en torno al cuerpo, el género y la sexualidad que movilizamos a través de las respuestas a los malestares en los espacios que aquí nos ocupan.

<sup>viii</sup> La historiadora Sarah Ahmed analiza la división izquierda/derecha desde diferentes puntos de vista que nos ayudan aquí a deconstruir su aparente neutralidad. En su origen etimológico, “izquierda” se relaciona con lo “débil e inútil” y “derecha” con “la verdad, la razón [y] la normalidad”. Ahmed advierte de que, no casualmente, “las mujeres y los otros racializados se asocian con el hemisferio izquierdo del cerebro” (2019, p.28). Igualmente, en la clasificación “Occidente/Oriente”, que implica una separación jerárquica de valores, Oriente se asocia con las mujeres (idem.). La lateralización del cerebro que parcela las cualidades y

atribuye a cada género el uso de una región distinta, ha sido ya contestada por diversos estudios desde el campo de las neurociencias. La filósofa y psicóloga Cordelia Fine acuña el término “neurosexismo” para referirse a la búsqueda de legitimidad de las desigualdades sociales en el cerebro, que da por bueno que las diferencias biológicas son categóricas y originan dos grupos (véase Fine, 2019: en Josep Corbella, “La excusa machista del neurosexismo”, La Vanguardia, 28/04/2019; y Fine, 2018).

<sup>ix</sup> Hablo de “cis” para referirme a las personas que se identifican con el género que se espera de ellas y “trans” para quienes disienten de las expectativas externas sobre el género que debieran tener.

<sup>x</sup> No estoy abogando aquí por la eliminación de estos términos, sino por una conciencia crítica sobre qué es lo que queremos decir cuando los usamos. Frecuentemente, percibo que se utilizan como si reflejasen una propiedad de las cosas (lo que las cosas son). En algunas ocasiones, una opción puede ser hablar, por ejemplo, de “feminización” en lugar de “feminidad” si lo que queremos expresar es que algo ha adquirido la cualidad de asociarse a las mujeres en un contexto cultural concreto. Se trata de la diferencia que hay entre, por ejemplo, decir que el cuidado es femenino o decir que ha sido feminizado.

<sup>xi</sup> Para ver los problemas que este paradigma tiene, incluso para dar cuenta de las variantes de las anatomías humanas, véase el capítulo primero del texto de la bióloga Anne Fausto-Sterling (2006), dedicado a las intersexualidades, donde analiza el caso de la atleta olímpica española María Patiño y las dificultades de la ciencia para definir el sexo de forma taxativa. Fausto-Sterling renuncia a la idea de que la naturaleza genera dos sexos para pasar hablar de un continuum de anatomías. En Occidente, la construcción de la idea de sexo como par de opuestos, ha sido también objeto de un fructífero estudio por parte de Thomas Laqueur (1994) que va desde la antigüedad hasta Freud. En la década de los setenta, Foucault analizó la relación que la medicina ha establecido con el hermafroditismo (que hereda la figura medieval del monstruo), como cuerpos que hay que corregir para restablecer una naturaleza sin mezclas (véase Foucault y Marchetti, 2001). Sin duda, la idea de “mezcla” es poco útil para cristalizar lugares y roles claramente diferenciados en lo social.

<sup>xii</sup> Escuché esta concepción a Azucena González en la formación de Psicoterapia Feminista (Barcelona) y en el grupo de lectura del Gender Space (Madrid). Más importante que la dimensión teórica, es la forma de trasladarlo al lenguaje cotidiano de la que hace uso González: el “somos mujeres/hombre/x” se convierte entonces en “somos personas especializadas en ser mujeres/hombres/x”. Creo que necesitamos crear giros como este para dejar de ser las

víctimas de nuestros propios lenguajes.

<sup>xiii</sup> El concepto de “performatividad de género” fue desarrollado por Judith Butler en su obra “El género en disputa” (1990)

<sup>xiv</sup> La persistencia de los ritos cotidianos de la masculinidad da fe de ello.

<sup>xv</sup> No creo que haya una fórmula que acabe con todas las exclusiones de una vez por todas. Las fórmulas irán cambiando, pero me interesa ese movimiento y transformación de lugares que se produce a través del lenguaje cuando nos dejamos tocar.

<sup>xvi</sup> “Lemebel (1996, pp.151-154)

<sup>xvii</sup> Dentro del campo de estudios *queer* existe una amplia bibliografía sobre la relación entre las especialidades “psi” (psicoanálisis, psicología y psiquiatría) y la historia política de la sexualidad. En el ámbito español, sobre las relaciones entre psicoanálisis, homosexualidad y homofobia puede verse la obra de Javier Sáez (2011). Una visión más amplia del continuo entre el pecado religioso, la enfermedad médica y los relatos psicológicos sobre la homosexualidad, puede encontrarse en la obra de Ricardo Llamas (1998). Por último, sobre la psiquiatrización de las identidades trans véase la compilación de Miquel Missé y Gerard Coll-Planas: “El género desordenado” (2010).

<sup>xviii</sup> Braidotti, (2004, p.115).